

go que el articulista no escribiría las palabras anteriores con li-
jereza. Cosa curiosa sería que no hubiera llegado a México el
tronco de Hidalgo. Respecto de los huesos de Moreno, no se
exhumaron ni trasladaron a México otros que los que estaban en
la Tlachiquera. Por qué no se cumplió el decreto respecto de
los restos de los otros 7 caudillos?, lo ignoro.

de los huesos y en las de la ciudad de Guadalupe, dieron a co-
nocer a la familia Moreno cuando su padre y su hermano
no había muerto todavía.

§ XXII. *ÓVIAJES A LAS RUINAS DEL FUERTE DEL SOMBRERO.*

El día 17 del próximo pasado, mi amigo el Sr. Dr. D. Anasta-
sio Romo y yo salimos de esta ciudad en coche, atravesamos el
ameno valle de Bellavista, que es parte del de Comanja; almor-
zamos en la Saucedá, la antigua hacienda y lugar del levanta-
miento de Moreno; caminamos por la sierra de Comanja, y lle-
gamos al pueblo de este nombre. Por mi genio arizco no acepté
el ofrecimiento que nos hizo de su casa el Sr. D. Julio Rose, di-
rector de la ferrería, y resistí a las afectuosas instancias, que el
Sr. D. Perfecto Casas vino a hacernos en nuestra casa, para lle-
varnos a la suya. Pasamos la noche en una casita de la calle del
Ahuacate, que no era sin duda aquella habitación de que habla
nuestro Ruiz de Contreras en sus hermosos sáficos, cuando dice:

Ya no admira la luna los palacios,
Do tranquilos reposan los monarcas,
Ni el lecho de oro en que feliz Augusto
Ledo descansa.

Otro día temprano nos dirigimos en los buenos caballos del Sr.
Casas, al cerro del Sombrero, acompañados por D. Atanasio Me-
dina, dueño de la hacienda de Santiago y dos mozos. Ibamos por
el interior de la sierra: en la noche habían caído dos aguaceros,
que eran los primeros, y no habían hecho mas que regar la tierra.
La frescura del ambiente, el sol que se levantaba, un horizonte
terminado por todas partes por esbeltas y caprichosas montañas,
y las flores con que nos brindaba el balsámico Mayo, resucita-
ron en el fondo de mi alma los sentimientos poéticos de otros me-
jores días. Por que la poesía es hija del sentimiento, y el senti-
miento es hijo de las montañas. "La fineza del sentir, dice Fr.
Luis de Leon, *es del campo y de la soledad*" (1). Y lo mismo dice

(1) Nombres de Cristo, nombre de Pastor.

nuestro Navarrete:

Que en las grandes ciudades,
No suena bien el tono querrelloso,
Propio de las profundas soledades (1).

Por que la poesía es la armonia y el sentimiento, y toda la na-
tura leza, dice nuestro Valle, es armonia e inspiracion, el alma es
sentimiento y amor el corazon:

Los vientos se querellan, sollozan las corrientes,
Los cèfitros son flautas, las ondas harpas son,
Aromas son las auras y música las fuentes,
El alma es sentimiento, y amor el corazon;

Y acento cariñoso, de tanto amor desmaya,
Cual són que forma el aire vagando en un laud,
Como apacible ola, que lánguida en la playa,
Gimiendo desfallece con débil lentitud (2).

El gorjeo de las aves, la vista de los campesinos y las diversas
escenas rústicas, que se nos presentaban en aquella serranía, me
trajeron a la memoria la *Vuelta de Clori*, égloga que desde mis
primeros años me ha agradado tanto, que sin duda por mi mal
gusto no encuentro otra cosa igual en su género en ningun otro
poeta mexicano (3):

Pájaros dulces, que en pajizas camas,
Gratos consortes requebrais contentos,
Salid alegres a las verdes ramas,
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida alegría,
Porque ha llegado la zagala mia.

Salid ya del establo corderillos,
Que en el campo os espera
Produccion agradable de tomillos,

(1) Ratos tristes, introduccion.
(2) Triunfos de las Bellas Artes.
(3) "Navarrete, insigne poeta zamorano, a la edad de 32 años,
cuyas obras son comparables, si no superiores, a las de los poetas españoles Cien-
fuegos y Melendez." (Defensa de Boyzan por el Lic. Castellanos, literato espa-
ñol).

Que con Clori os envia la primavera.
 Subid al monte, bajad a la ribera,
 Dad saltos de alegría,
 Por que ha llegado la zagala mia.

Amantes zagalejas,
 Que en el fértil sembrado de amapolas
 Soleis cantar a solas
 De un mal pagado amor las tiernas quejas,
 Vuestros amargos lloros
 Conviértanse hoy en cánticos sonoros
 De alegre melodía,
 Por que ha llegado la zagala mia.

Templad los agradables caramillos,
 Por que en lo mas sabroso de la siesta,
 Músicos pastorcillos,
 Haremos nuestro baile en la floresta,
 A la usanza de simple serrania,
 Por que ha llegado la zagala mia.

Mexicanos: si sentados en un cómodo sillón de vuestro gabinete, leéis la poesia de nuestro Carpio intitulada "México," apesar de nuestras revoluciones, dareis gracias al cielo por haberos hecho nacer en este delicioso pais. Pero solo entre las montañas, como en el interior de la sierra de Comanja, conoceréis a México en estos versos:

Espléndido es tu cielo, patria mia,
 De un purísimo azul como el zafiro:
 Allí tu ardiente sol hace su giro,
 Y el blanco globo de la luna fria.

 Que soberbios y grandes son tus montes!
 Como se elevan hasta el alto cielo!
 Cuan fértil, cuan espléndido es tu suelo!
 Que magníficos son tus horizontes!

Alli los ciervos de ramosas frentes
 El bosque cruzan a lijeros saltos,
 Y entre los pinos y peñascos altos
 Se derrumban las aguas a torrentes.

El magnífico Dios de las naciones,
 Al repartir al mundo su tesoro,
 "Tenga México, dijo, plata y oro,"
 Y en tí vertió sus opulentos dones.

La Africa rica a quien el sol abruma,
 La Europa y Asia henchida de grandezas,
 No tienen las espléndidas riquezas
 Que la patria que fué de Moctezuma.

En las selvas revuelan los zorzales,
 Miriás, tucanes de plumajes gayos,
 Encarnados y verdes papagayos,
 Tordos azules, rojos cardenales.

Colibrís mil de bullicioso vuelo,
 De azules plumas, verdes y doradas,
 Del viajero arrebatan las miradas,
 Como el arco magnífico del cielo.

En México plantó naturaleza
 Bosques inmensos de árboles salvajes,
 Bajo cuyos densísimos follajes
 Se propaga intrincada la maleza.

En el desierto grave y silencioso,
 Entre sus melancólicas palmeras,
 Se deslizan las víboras lijeras,
 O estánse quietas en falaz reposo,

 Allí revuelan los halcones vagos,
 Y las gloriosas águilas se lanzan,
 Y en su raudó volar la nube alcanzan,
 O leves tocan los risueños lagos.

Los chichimecas nuestros antepasados, como todos los pueblos gentiles, deificaron las montañas, las encinas y los torrentes, adulterando la creencia primitiva y verdadera de que las montañas, las encinas, los torrentes, y todos los seres irracionales son las huellas de la Trinidad. Por eso toda la naturaleza nos habla de Dios, y en el centro de esa serrania, al frente del Sombrero, que quizá fué para nuestros padres un dios, el alma se levanta en las

alas de un suave misticismo, para decir a la Divinidad con nuestro Prieto en su poesia "A Dios:"

¡Dios de vida! mi lira te ensalce;
A tu acento de tierno cariño,
Este mundo cual tímido niño,
Se sonrie a tu amor paternal.

Tu la fuente insondable de vida,
Tu que amparas al ángel del cielo,
A la planta rastrera del suelo,
Al insecto invisible del mar.

Y en su poesia "El Saltapared:"

Esa plegaria acompañè rendido,
Anonadado te llamé mi dueño:
Tu vigilas, Señor, del ave el sueño,
Fecundas la semilla de la flor.

Cómodo lecho al pólipo preparas,
En las rocas del mar ilimitado;
Y ¡como abandonar desapiadado,
Al hijo de tu sangre y de tu amor!

La religion dice nuestro Rosas es la inspiracion y la vida del hombre:

Porque el alma que no siente
De Dios el amor ardiente,
Infecunda se consume,
Como rosa sin perfume,
Como arroyo sin corriente.

Alma que a Dios no se encumbra,
Siempre en eterna penumbra,
Selo produce el dolor;
Que en valle que el sol no alumbra
No nace nunca una flor (1).

Caminamos entre muchas minas de fierro. Pasamos junto a

(1) Poesia en una distribucion de premios en el Instituto de Leon.

las ruinas de S. Pedro Mártir, hacienda que perteneció a los jesuitas y por la mencionada hacienda de Santiago, situada al pié de la alta Mesa de este nombre. A la bella luz de la poesia que brotaba de aquellas montañas, y a la dulce sombra de las encinas, robles, pinos, cedros, rojos manzanillos, madroños, de los que pendian blancas redecillas que contienen una fina seda, de las "melancólicas palmeras" de izote, de que habla Carpio, y de otros muchos árboles, faldeamos el Picacho de Ortiz, el Picacho de Enmedio y el Cerro de Negrete, y llegamos al Sombrero, distante 2½ leguas del pueblo de Comanja. Por estos montes se camina por una senda tan estrecha, que es necesario ir uno tras otro, y que apenas permite a los caballos poner los piés. Abajo de ellos se vén barrancos tan profundos, que parecen atraer, y el Sr. Romo y yo sentiamos amagos de vahido, por lo que parte de este camino lo hicimos a pié. D. Atanasio y los mozos, habituados a andar por aquellos lugares, nos decian que apartáramos la vista del barranco y la fijáramos en el lado opuesto; pero era necesario vér por donde iban los caballos, y en consecuencia vér a nuestros piés aquellas profundidades. En estas cejas el susto de un caballo por el vuelo cercano de un pájaro, o por el aparecimiento repentino de una víbora, debe ser de un efecto fatal.

En cierto lugar del Picacho de Enmedio paré mi caballo, para contemplar de cerca y detenidamente el Cerro del Sombrero, que tiene desde allí un aspecto imponente. Su cambre en todo su derredor se compone de peñascos de un tamaño extraordinario hacinados. Estas rocas tienen una fiereza y magnificencia salvaje, que habria inspirado a Lord Byron. El Sombrero se levanta enmedio de la Mesa de las Tablas, la Mesa de los Borregos, el Cerro de Negrete y el Cerrito del Comercio; que he descrito en su lugar (1). Que sublime debe ser una tempestad entre estas montañas!: el ruido del huracan, el rayo en la cañada de Barbosa, y los torrentes desprendiéndose de estas alturas. Parece que el Visconde D' Arlincourt compuso delante del Sombrero aquella su conocida obra que comienza: "Musa de las rocas y de los torrentes! ¡genio poderoso de las borrascas! ¡feroz deidad del Norte, búscote y me atrevo a llamarte! ¡Tiempla tu harpa silvestre al lejano zumbido del rayo! ¡Ven que te escucho... inspirame! ¡Lejos de mi, lira melodiosa de la Grecia, tus suaves armonias! Prefiero al dulce canto del deleite, la voz de las tempestades. No me dirijo a los sentidos, sino que voi a hablar al alma. ¡Musa de Horeb y

(1) § XI.

Sion, piadosa hija del desierto! se hallarán acordes con tus sagrados cánticos los ásperos y doloridos mios. Cuando huías proscripta del Egipto, tu santo libro fué la naturaleza, tu soplo el entusiasmo, y tu templo el desierto. ¡Ah! desciende pues a mi súplica: haz brillar por intermedios en mis descripciones la celestial luz de Israel, y oír de cuando en cuando los truenos del Sinai. *La cumbre del Sombrero se compone como he dicho, de dos partes enlazadas por medio de una especie de pasadizo de rocas. Este pasadizo o espinazo es tan angosto, que el Sr. Medina y yo calculamos que en cierta parte tiene a lo sumo tres metros. Parados allí, veíamos a nuestros pies dos profundidades: de un lado la de Barbosa, y de otra la del Rincon. Es claro que viendo una de las cosas las conoce mejor, y de aquí la utilidad de los viajes y de la visita de los monumentos de la naturaleza o del arte. Y a veces no se tiene una verdadera idea de una cosa hasta que se vé. Tal me sucedió a mí respecto de la figura de la elevación, en la parte norte del Sombrero, de donde tomó su nombre. Bastamente y Aláman, que parece jamas estuvieron en el Sombrero, llaman a esta eminencia "una elevación cónica," lo que da una idea de la forma piramidal. Parecíame extraño un sombrero de esta figura, y aunque los historiadores no dicen *truncada*, yo me la representaba más bien de la figura de un cono truncado, es decir igual a la forma de los sombreros de nuestros primeros virreyes. La eminencia no es cónica, íntegra ni truncada, sino enteramente convexa. Observé una cosa que no dicen los historiadores: que la parte N. del cerro, en medio de la que está esta eminencia, es triangular. Esto hace que dicha parte o planicie con la eminencia convexa, presente la figura del sombrero tricorno, que era el que mas se usaba en tiempo del gobierno español. Otro de los objetos de que no tenía una idea exacta, y que por lo mismo me sorprendió, es la barranca de Barbosa, pues no me la figuraba ni tan ancha ni tan profunda. Desde la cumbre del Sombrero el arroyo se vé como una línea. Sin que nadie hostilizase a los del Fuerte, un hombre de fuerzas regulares que subiese cargando un cántaro de agua, debía de llegar bastante fatigado. Recorrimos todo el centro del Sombrero, para observar detenidamente todas sus notabilidades. Viudas estaban las enciñas de sus antiguas campañas, y viudas de sus pájaros. Los "tordos azules" de que habla Carpió, tan abundantes en la sierra de Cománja y en la de Guanajuato, y que he visto todo el día al caminar por el interior de la segunda, estas grandes y hermosas aves de color azul celeste, perpetuas moradoras del Sombrero, y de que sé a-*

cuerda bien la Sra. D^a Josefa Moreno, parece] huyeron] a] nuestra presencia, porque no llegué a vér una sola. Vimos muchos cimientos de casas, algunos huesos de animales y uno que otro humano, los cimientos de la muralla del norte, los de la muralla del sur, y una cueva que vé al oeste, que segun me ha dicho la Sra. mencionada, no servia de nada, y allí se iban a jugar ella y otros niños. Estuve parado dentro del foso de la muralla del norte, abierto como he dicho, en la peña viva, mas poderoso que Liñan, mas duradero que el bronce, y que ni la lluvia voraz, ni el aquilon impotente, ni la innumerable serie de los años, ni la fuga de los tiempos podrá destruir. Contemplamos el algibe circular de cal y piedra, como de 3 metros de altura, y como de 2 $\frac{1}{2}$ de diámetro: monumento que parece haber quedado en pié, solitario en medio de las calladas ruinas y de las calladas montañas, para recordar la terrible sed y el valor, sin duda en grado heróico, de Moreno y de sus compañeros. Recorrí la orilla de la cumbre del cerro en su derredor, y observé detenidamente todos los sitios de los alrededores: la Mesa de las Tablas, que parece todavía coronada con la tienda de Liñan; la barranca del Rincon, testigo de tantas difíciles y tormentosas evasiones; el Cerrito del Comercio; el Cerro de Negrete y las ruinas de su fortificación; la hermosísima y notabilísima barranca de Barbosa; el declive en la ladera de este lado, en donde estaba el cementerio y por donde salió Moreno; la alta Mesa de los Borregos, y sobre todo la falda de este cerro, que forma la ladera opuesta de la barranca de Barbosa, en donde creia vér todavía las huellas de mi padre. Al contemplar un lugar tan caro para mi corazón, me asaltó un pensamiento de inefable misericordia y un sentimiento de profunda gratitud. ¡Ah! En 1817 no habia llegado todavía el momento, en que dos seres nacidos en muy apartadas tierras, se conocieran y enlazaran por un destino eterno. Mientras mi padre combatia al pié del Sombrero, mi dulce madre, jovencita criada en la sencillez de los campos, oraba en la iglesia del Carmen de Guadalajara. ¡Por que mi padre no murió como tantos otros? ¡Por que vió caer a su derecha mil y a su izquierda diez mil, y él quedó en pié? ¡Por que parece que las balas que iban directamente a él, torciendo el camino no quisieron traspasar su pecho? Si mi padre hubiera muerto entonces ¿habria estado yo alguna vez sobre las peñas del Sombrero? Cien veces dirigió mi padre la vista a estas rocas inaccesibles, y sin embargo jamas pensó que un hijo suyo vendria al mismo lugar, y contaria la historia de aquel espantoso sitio, y la historia de él mismo.